

# Humanitas

Universidad Autónoma de Nuevo León  
Anuario del Centro de Estudios Humanísticos

Núm. 39 Vol. I  
Enero-Diciembre 2012

## *Filosofía*



---

UANL®



Dr. Jesús Áncer Rodríguez  
Rector

Ing. Rogelio G. Garza Rivera  
Secretario General

Dr. Ubaldo Ortiz Méndez  
Secretario Académico

Lic. Rogelio Villarreal Elizondo  
Secretario de Extensión y Cultura

Dr. Celso José Garza Acuña  
Director de Publicaciones

Lic. Alfonso Rangel Guerra  
Director del Centro de Estudios Humanísticos  
Editor responsable

Mtro. Francisco Ruiz Solís  
Corrección de estilo y cuidado editorial

Lic. Juan José Muñoz Mendoza/Lic. Claudio Tamez Garza  
Diseño

Lic. Adriana López Montemayor  
Distribución nacional e internacional

**Humanitas**, Año 39, N° 39, Vol. I. *Filosofía*. Enero-Diciembre 2012. Fecha de publicación: abril 30 de 2013. Revista anual, editada y publicada por la Universidad Autónoma de Nuevo León, a través del Centro de Estudios Humanísticos. Domicilio de la publicación: Biblioteca Universitaria Raúl Rangel Frías, piso 1°, Av. Alfonso Reyes, No. 4000 Nte., Col. Regina, Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64440. Tel. + 52 81 83294000 ext. 6533. Fax: +52 81 83 29 40 00 ext. 6556. Impresa por la Imprenta Universitaria, Ciudad Universitaria s/n, C.P. 66451, San Nicolás de los Garza, Nuevo León, México. Fecha de terminación de impresión: 24 de mayo de 2013. Tiraje: 500 ejemplares.

Número de Reserva de Derechos al uso exclusivo del título *Humanitas* otorgada por el Instituto Nacional del Derecho de Autor: 04-2009-091012392000-102, de fecha 10 de Septiembre de 2009. Número de certificado de licitud de título y contenido: 14,909, de fecha 16 de agosto de 2010, concedido ante la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. ISSN: 2007-1620. Registro de marca ante el Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial: 1,169,990.

Las opiniones y contenidos expresados en los artículos son responsabilidad exclusiva de los autores.  
Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier forma o medio, del contenido editorial de este número.

# HUMANITAS

## ANUARIO

CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS DE LA  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

*Director Fundador*

Agustín Basave Fernández del Valle

*Director*

Alfonso Rangel Guerra

*Jefe de la Sección de Filosofía*

Cuauhtémoc Cantú García

*Jefe de la Sección de Letras*

Alma Silvia Rodríguez Pérez

*Jefe de la Sección de Ciencias Sociales*

Ricardo Villarreal Arrambide

*Jefe de la Sección de Historia*

Israel Cavazos Garza

ANUARIO  
HUMANITAS 2012

**Filosofía**

Cuauhtémoc Cantú García  
Coeditor

# La contribución creativa de Whitehead. Introducción elemental a su filosofía <sup>1</sup>

John B. Cobb Jr.\*  
Claremont School of Theology

## **1. El dualismo en filosofía (materia-mente) y ciencia (partícula-onda): intentos de alternativas de superación**

La cuestión central para la filosofía tradicional consiste en determinar las clases de cosas que hay y cómo se hallan éstas relacionadas unas con otras. Poseemos dos claves o indicios principales para responder a esta cuestión. Podemos mirar al mundo de palos, piedras, montañas y árboles, animales y cuerpos humanos e intuir alguna noción de materia o substancia. La otra posibilidad es que reflexionemos sobre la naturaleza de nuestra propia experiencia consciente e intuyamos alguna noción de mentalidad. Por supuesto, las nociones de materia y mente varían ampliamente y hay otras posibilidades también, pero es mucha la filosofía que puede ser iluminada con esta simple dualidad.

Dada esta dualidad, uno confronta la cuestión de la relación entre las cosas materiales y las cosas mentales. ¿Son ellas fundamentalmente diferentes una de la otra, de tal suerte que no hay una comprensión más inclusiva acerca de qué realidad es la

---

<sup>1</sup> Traducción de Gorgias Romero G.

\*Profesor emérito, Claremont School of Theology, C.A.

que sirve para explicarlas a ambas? Esto parece razonable, pero conduce a problemas filosóficos agudos. Nuestra experiencia mental parece estar altamente correlacionada con los movimientos de las cosas materiales que hay tanto dentro de nuestro cuerpo como fuera de él. ¿Cómo puede ser esto? ¿Pueden las mentes influenciar los cuerpos materiales si ellas son completamente diferentes de la materia? Esto querría decir que la causa del movimiento de la materia podría ser algo de un orden completamente diferente al de la materia, y eso parece intrínsecamente extraño y desconectado con lo que descubre el físico. O, inversamente, ello querría decir que las mentes están determinadas en su comportamiento por causas que son de un tipo enteramente no mental. Este dualismo ha jugado un importante rol en el sentido común, pero la mayoría de los filósofos ha tratado de superarlo. Hay tres maneras principales en que esto puede llevarse a cabo.

*Primera.* Uno puede comprender la materia como una apariencia para la mente. La justificación de este punto de vista es que cuando consideramos cuidadosamente la base de nuestra noción de materia, ella acaba por ser enteramente una función de la experiencia sensoria. Pero nosotros sabemos que esa experiencia es fundamentalmente mental, esto es, que es propio de la mentalidad el poseer experiencias conscientes. Y de aquí que la noción de materia podría ser reducida a la noción de una agrupación de cualidades sensorias. Aparte de su plausibilidad filosófica, el sentido común y la ciencia de los siglos XVII, XVIII y XIX ignoraron ampliamente esta sugerencia. La gente estaba muy segura de que tenía que habérselas con algo distinto a su propia experiencia, y esto distinto parecía ser lo material.

*Segunda.* La segunda solución al problema planteado por el dualismo tomó esta materialidad como su clave y sostuvo que las mentes eran funciones de la materia. Es posible sostener que las mentes son epifenómenos. Las causas reales de todas las cosas son vistas en el comportamiento de la materia, y la experiencia

subjetiva es considerada como un producto de fuerzas materiales carente de toda influencia independiente sobre aquéllas. No obstante, un materialismo total es tan difícil de aceptar como un mentalismo total. Incluso si la experiencia mental es un epifenómeno, todavía parece *ser*, y a nosotros los humanos nos parece bien importante. Parece, por ejemplo, que son nuestras mentes las que están preguntándose acerca de sus relaciones con la materia. Incluso si pudiese probarse que todos nuestros estados mentales son causados por estados materiales, ello no nos diría todavía qué es la mente o cómo opera aquella causa. De aquí que se recomiende una tercera posibilidad.

*Tercera.* Subsumir la dualidad bajo alguna unidad más comprensiva. Esto podría querer decir que un cierto tipo de realidad subyace tanto a nuestros estados mentales subjetivos como a aquello que parece objetivo a ellos; esto podría querer decir que toda realidad participa a la vez de mentalidad y materialidad sin ser de hecho ninguna de las dos. Esta tentativa de encontrar un único tipo de realidad explicativa de lo que llamamos mente y lo que llamamos materia ha tomado muchas formas. La filosofía de Whitehead es una de ellas.

En el siglo XX las ciencias físicas se abrieron a la idea de que la noción de materia no era, después de todo, iluminadora respecto de lo que ellas investigaban. Esto sucedió de varios modos, pero será suficiente con detenerse en uno de ellos a modo de ilustración. Durante todo el tiempo en que lo que llamamos átomos fue considerado como el componente último del universo, la noción de materia pareció apropiada. Los átomos parecían funcionar como pequeños trozos de material impenetrable y se les podía considerar como poseyendo una localización definida y moviéndose continuamente a través del espacio. En términos generales, se podía emplear modelos mecánicos para comprenderlos. Otros fenómenos que no podían ser comprendidos de este modo podían ser imaginados como si fuesen las olas del mar. Algún medio tal como el aire era

comprimido y extendido: ondulaba. Y así, se supuso por ejemplo un medio apropiado para la transmisión de la luz extendido a través de todo el espacio y se le llamó éter.

Sin embargo, cuando se descubrió que el átomo no era lo último y que más bien estaba compuesto de electrones, protones y “espacio vacío”, comenzaron a surgir los problemas. Al principio, uno trataba de comprender a estas nuevas entidades como partículas de materia, y para algunos propósitos esta representación funcionó bien. Pero en otras situaciones resultaba que funcionaban no como partículas sino más bien como ondas. La evidencia para una dualidad similar en el funcionamiento de la luz y que ya había intrigado largamente a los investigadores, se volvió más insistente. Parecía como si las entidades últimas de las cuales estuviese compuesto el mundo pudiesen funcionar algunas veces como partículas y otras como ondas. A este inquietante hecho se agregó el de que ellas también parecían ser capaces de moverse desde un lugar a otro sin pasar a través del espacio que había entre medio. Además, quedó claro que electrones y protones no eran cosas que portaban cargas eléctricas, tal como un modelo materialista habría requerido, sino que más bien ellos mismo *eran* cargas eléctricas. Parecía que sucedía algo, ora aquí, ora allá, con una conexión definida entre un evento y el siguiente, pero sin un movimiento continuo entre ellos. Las cosas sucedían a estallidos y sacudidas y no en un flujo constante. Uno podía pensar en una cinta de película, la cual de hecho es únicamente una sucesión de fotografías discontinuas.

Debido a éstos y otros misterios todavía más desconcertantes, muchos científicos abandonaron la idea de que la mente humana pudiese forjar noción alguna respecto de la naturaleza de las cosas. El esfuerzo por representarse la realidad fue ampliamente abandonado y se propusieron nuevas teorías que eran completamente incomprensibles para nuestra intuición pero que sin embargo eran exitosas a la hora de explicar o predecir los resultados de los experimentos. Como regla general, los filósofos

abandonaron la tentativa de responder las preguntas de la filosofía tradicional y se dedicaron al estudio del lenguaje. Algunos, sin embargo, rehusaron aceptar la ininteligibilidad última del universo y continuaron buscando modelos en términos de los cuales se pudiese comprender su extraño funcionamiento. Uno de ellos fue Whitehead.

Ni la noción usual de materia ni la de mente ayudaban a comprender esos eventos discontinuos que parecían ser las entidades últimas del mundo natural. Pero había otras ideas acerca de la mente, o más bien acerca de experiencia humana, que eran mucho más sugerentes. William James, por ejemplo, había argumentado que la experiencia humana crecía por brotes o gotas en vez de desarrollarse como un terso proceso indiviso. En un solo segundo habría una serie de tales ocasiones de experiencia. Esto permitía sugerir que podría haber, después de todo, algo que fuese común a la mente humana y a las entidades encontradas en la naturaleza por la física.

De un modo u otro, cualquier modelo que intente comprender la realidad o alguna parte de ella, tiene que surgir de la experiencia humana. Es que simplemente no hay otro lugar adónde acudir. Sin embargo, las cosas dadas en el flujo de la experiencia sensoria no sugieren más modelos que los formados por partículas y ondas, los cuales ya habían sido considerados inadecuados por la ciencia. El único modelo prometedor, entonces, es la experiencia humana *como tal*. Además, problemas filosóficos que son insolubles si seguimos insistiendo en que la experiencia humana y la naturaleza física son de un carácter radicalmente diferente, se vuelven mucho más manejables si podemos hallar algún género común al cual ambos puedan pertenecer. Nuestra actual convicción acerca de que los seres humanos y su mentalidad han evolucionado por largos períodos a partir de formas naturales muchísimo más simples, también sugiere que hay alguna conexión familiar entre la experiencia humana y las entidades del mundo natural. En cualquier caso, Whitehead se lanzó denodadamente a la posibili-

dad especulativa de que la experiencia humana como tal fuese la clave de la naturaleza última de las cosas. Los eventos electrónicos han de ser pensados como ocasiones de experiencia electrónica. Su mutua desconexión puede ser concebida como similar a la desconexión que exhiben las experiencias humanas sucesivas.

Whitehead jamás sugirió que las experiencias electrónicas pudiesen ser, de modo alguno, similares a las humanas. Los electrones no poseen experiencia sensoria, ni consciencia ni imaginación. Si “experiencia” es algo que necesariamente implica todas esas cosas, sin duda que entonces debería haberse encontrado un término más general; pero Whitehead consideró que la noción de experiencia podía servir por sí misma. Después de todo, nosotros hablamos de nuestra “experiencia inconsciente”.

La insinuación de que las entidades naturales han de ser pensadas como perteneciendo a la misma categoría de existencia que la experiencia humana habría sido de muy poco valor si no condujese a explicaciones más exhaustivas. Si la conjetura especulativa primaria posee mérito, entonces los filósofos tienen que proceder al análisis exhaustivo acerca de cómo acontece la experiencia humana. Ellos podrían encontrar, en su nivel más primitivo, factores que podrían ser generalizados de tal suerte que pudiesen iluminar también a las entidades últimas del mundo físico. Este proceso de análisis fue llevado a cabo por Whitehead con increíble detalle y dio como fruto numerosas sugerencias acerca de cómo habían de ser comprendidos ciertos fenómenos físicos específicos. Ofreció también una base para la comprensión de espacio y tiempo y las diversas geometrías con las cuales los científicos modernos se aproximan al mundo. Es, además, rico en insinuaciones para la estética, ética y religión. En realidad, hay muy pocas áreas de interés humano en las cuales el análisis de Whitehead no derrame alguna luz.

## 2. Un ejercicio de “fenomenología” whiteheadiana: análisis de una ocasión de experiencia

Whitehead, en cuanto matemático y lógico, confirió gran distinción a su labor. Su proceder, no obstante, no fue lo que uno podría esperar sobre la base de una comprensión usual de tales disciplinas. Incluso lo podríamos llamar “fenomenológico”, con salvedad de que en ningún momento apartó de su pensamiento el conocimiento relevante acerca de la física, fisiología y psicología. Quizá lo mejor sería decir que él comenzó con la experiencia humana tal como todos nosotros la conocemos y como la comprendemos posteriormente a la luz de la ciencia, y que luego propuso la interrogante acerca de cuál debía ser la situación para que esta experiencia pudiese ocurrir.

Ya hemos notado que lo que debe ser supuesto para que la experiencia humana (y las partículas últimas de la naturaleza) pueda ser comprendida son sucesivas “ocasiones actuales” de experiencia. En vez de ser un flujo continuo, la experiencia acaece en unidades discretas indivisibles. Estas ocasiones momentáneas se suceden una a otra con una rapidez que excede cualquier captación por parte de la atención consciente. El análisis *directo* de una ocasión de experiencia singular es imposible (en términos técnicos, Whitehead afirmará que ninguna ocasión puede ser consciente de su propia satisfacción). La dificultad o imposibilidad de focalizar la atención sobre una ocasión individual no nos impide llevar a cabo un análisis acerca de qué contienen estas ocasiones, ya que podemos asumir que cualquier cualidad que advirtamos que posean en la experiencia en absoluto, se obtendrá también en las ocasiones individuales. La única excepción está dada por el fenómeno del cambio, ya que éste equivale a la diferencia entre sucesivas experiencias momentáneas cada una de las cuales es, en su propio ser, inmutable. Podemos tomar una experiencia simple de un segundo o algo así y analizar qué contiene de diferente a lo que depende de sucesión temporal y luego asumir que una u otra de las ocasiones dentro de ese

segundo —y quizá todas— tengan aquellas cualidades o características. Tomemos un ejemplo.

Supongan que estoy mirando una corbata verde pero queriendo que hubiera sido café. Analicemos los ingredientes de esta experiencia. La experiencia sensoria juega allí un rol considerable, pero debemos tener claro desde el comienzo que para Whitehead no juega un rol fundacional. Él nos muestra que el suponer que lo dado en la experiencia sean sólo los datos sensorios es algo desastroso para la filosofía. Ciertamente, ello acabaría con toda posibilidad de hallar aspectos de la experiencia humana atribuibles a también a los electrones, ya que sería absurdo suponer que esas partículas subatómicas gocen de visión o tacto. Hay, por supuesto, la experiencia de la mancha verde. Pero hay también la experiencia de una cosa que es verde y que ocupa una región de espacio con una relación geométrica particular respecto de mi cuerpo. Esta experiencia de “coseidad”, insiste Whitehead, no depende de un proceso de aprendizaje. Nosotros no experimentamos primero sólo datos sensorios para luego aprender por experiencia que éstos representan entidades. El más simple animal actúa como si estuviese consciente de estar ente cosas y no entre simples datos sensorios. *El sentido de que hay una realidad distinta a nuestra experiencia dada a nosotros en esa experiencia es absolutamente primitivo.* Ciertamente, nuestro conocimiento de la fisiología nos muestra (si es que no lo hace nuestra introspección inmediata) que la experiencia sensoria es el factor secundario de la experiencia y no el primario. Veámoslo.

De acuerdo a la física y a la fisiología, sabemos que un rayo de luz proveniente de las moléculas de la corbata golpea nuestro ojo y activa ciertas células que a su vez redirigen este impacto al lóbulo occipital. Es únicamente después de que todo esto ha ocurrido que nosotros experimentamos la mancha verde proyectada de vuelta aproximadamente sobre la región de espacio donde aquellas moléculas están localizadas. Whitehead nos insiste en que debemos tomar en serio este conocimiento y emplearlo

para la comprensión de lo que está ocurriendo en cualquier ocasión de experiencia. Es así que el simple mirar una corbata verde se revela como un asunto de complejidad considerable. Se origina en un proceso complejo e indirecto en el cual las moléculas de la corbata hacen una impresión sobre el sujeto experimentador. Éste experimenta casi inmediatamente los eventos en el cerebro, pero estos redirigen al sujeto los eventos en el ojo que a su vez apuntan más allá de sí mismos a su causa. Millares de eventos han ocurrido, poseyendo cada uno *eficacia causal* sobre su sucesor. Todo esto equivale al impacto físico del mundo sobre la ocasión de experiencia. Whitehead llama “polo físico” de la experiencia a aquel en virtud del cual nos experimentamos a nosotros mismos como relacionados a eventos de nuestro pasado reciente, y a nuestra experiencia como derivada de aquél.

El polo físico de nuestra experiencia puede ser analizado en “prensiones”<sup>2</sup> o “sentires” físicos (la única diferencia entre ambos, en lenguaje técnico, es que sólo se llamará “sentires” a las prensiones *positivas*. La idea de prensión *negativa* —negaciones, omisiones, descartes, supresiones, etc.— dada la complejidad que introduciría, no será tratada aquí). Cada prensión física es el sentir que tiene una ocasión momentánea de otra ocasión momentánea. Es de importancia capital para la comprensión de la filosofía de Whitehead el notar que *la ocasión que es sentida está siempre en el pasado de la ocasión que la siente*. La causa siempre precede al efecto. La relación de prensión es siempre *asimétrica*. La ocasión previa posee *eficacia causal* sobre la segunda y ésta

---

<sup>2</sup> Whitehead utiliza la expresión “prehension” deliberadamente para eludir toda referencia a “aprehensión” o captación consciente ya que ésta se refiere sólo a las fases superiores de la experiencia y Whitehead busca situarse en la base común más general posible. Podemos decir que ud. “prehende” estas ideas más o menos como el imán “prehende” el hierro. El Diccionario de la Real Academia Española incluye la estupenda palabra “prensión” que hemos escogido: “acción y efecto de prender; asir, agarrar, sujetar algo”. Como sinónimos de “prender” tenemos asir, aferrar, sujetar, coger, agarrar, aprisionar, detener, atrapar, apresar, capturar.

*prende* a la primera. Esta secuencia no puede ser reversada. En otras palabras, *no existe relación causal entre ocasiones contemporáneas*. La profunda y arraigada opinión del sentido común de que la causa y el efecto son a menudo, si es que no siempre, simultáneos, se deriva de experiencias que acaecen a nivel macrocósmico y no se aplica al mundo de las entidades microcósmicas. Es a nivel macrocósmico que da la impresión de que la presión que ejerzo sobre el lápiz causa el movimiento del lápiz simultáneamente con la presión que ejerzo más bien que después de ella. A este nivel la mecánica newtoniana se muestra totalmente adecuada. Pero fue justamente la incapacidad de los modelos derivados de nuestra experiencia de objetos tales como lápices para tratar con el mundo microcósmico, lo que causó el colapso de la vieja visión del mundo. Por lo demás, al menos retrospectivamente, podemos observar que la idea de que la causa y el efecto eran simultáneos acarrea agudos problemas filosóficos, porque en tal caso todo nuestro sentir de la influencia del pasado sobre el presente se volvía prácticamente ininteligible. Todavía, sin memoria del pasado (lo cual es fuera de toda duda una influencia importante del pasado sobre el presente), ningún conocimiento en absoluto sería posible. En cualquier caso, al estudiar a Whitehead, tenemos que tener siempre en mente que las prensiones físicas son, únicamente y siempre, prensiones *del pasado*; sobre todo, prensiones del pasado *inmediato*. Los eventos en el ojo sucedieron a los eventos que hubo en el espacio entre la corbata y el ojo, y éstos a su vez sucedieron a los eventos moleculares que hubo en la corbata. Los eventos en los nervios conducentes al cerebro sucedieron a los eventos en el ojo y fueron a su vez seguidos por eventos en el cerebro y finalmente por el impacto sobre la ocasión de experiencia humana consciente. Se requirieron millares de prensiones físicas sucesivas para que los eventos moleculares que había en la corbata tuviesen su eficacia mediada hasta el ser humano que tenía la experiencia.

Lo que ordinariamente nos engaña es que en la experiencia

consciente la mancha verde nos es presentada como si fuese simultánea con la experiencia que la ve. Whitehead llama *inmediatez presentacional* a esta dimensión de nuestra experiencia total. Siempre que tratamos de enfocar clara y distintamente nuestra atención, nuestro sentido físico del pasado (la experiencia en el modo de la eficacia causal) se diluye en el trasfondo y pasan a predominar los elementos de nuestra experiencia en el modo de la inmediatez presentacional. Los aspectos más prominentes de la experiencia bajo este modo son los datos sensorios. Esto es lo que ha conducido a los filósofos interesados por ideas claras y distintas a tratar a esos datos sensorios como primarios. Pero cuando reflexionamos con más profundidad sobre nuestra experiencia nos damos cuenta de que estamos constantemente asumiendo que son *cosas reales* y no datos sensorios las que constituyen nuestro entorno y las que son causalmente efectivas respecto de ella. Es nuestro deber tomar con toda seriedad la explicación científica acerca de cómo opera esta eficacia causal. Una vez que lo hacemos, el problema es comprender, en nuestro ejemplo, cómo es que la mancha verde llega a predominar en la inmediatez presentacional; esa mancha, tan diferente de las miríadas de moléculas que hacen repiquetear desde allí la luz en dirección de nuestros ojos.

La única fuente inmediata para esa mancha de verde tiene que estar en los eventos que tuvieron lugar en el ojo y en el cerebro. Ellos contribuyeron con su multiplicidad de datos a la experiencia humana. Alguna cualidad presente en aquellos datos es la que tiene que ser abstraída y transformada en lo que llamamos “verdoso” (Whitehead habla de “transmutación”). Ella es luego retro-proyectada su vez hacia una región de espacio contemporánea fuera del cuerpo, más o menos hacia aquella región en la cual las moléculas reflejaron luz hacia el ojo. Este es un proceso tremendamente complejo, y omitiremos aquí la mayoría de los detalles. El punto clave es que este proceso de transformación de los muchos datos recibidos en una mancha

de verde es una operación *mental* que envuelve la introducción de alguna cualidad no presente en aquellos datos. Esto es, que difícilmente puede suponerse que la cualidad visual de verde conscientemente experimentada sea disfrutada por las células del cerebro precisamente de aquella manera. Tiene que haber alguna cualidad, de alguna manera análoga a lo verdoso, que ellas posean y contribuyan a la experiencia; la ocasión humana empero, está introduciendo aquí un elemento de novedad. Esta originalidad de la ocasión de experiencia, que no deriva de la cosa experimentada pero es contribuida por el que experimenta, es llamada por Whitehead el “polo mental” de la ocasión. Esta originalidad juega un rol en la experiencia sensoria en el modo en que se ha indicado aquí, pero también lo hace en niveles más primitivos de experiencia. Su más asombroso rol está en el pensamiento imaginativo.

En este ejemplo estoy concibiendo la posibilidad de que la corbata fuese café en vez de verde. Asumamos que en este momento no estoy viendo ningún objeto café. Estoy recordando algún objeto café que vi ayer, o mejor todavía, estoy recordando precisamente su color. Esto implica que alguna ocasión pasada de mi experiencia está también contribuyendo con algo a la experiencia presente. Desde el momento en que esta ocasión pasada es una entidad diferente a la que está acaeciendo, ésta constituye otro sentir físico para la nueva ocasión. Y sin embargo la cualidad de lo café fue parte de la experiencia mental de aquella ocasión previa. Whitehead llama “presión híbrida” a la presión física de lo que fue mental en la ocasión prendida. La presión de lo café, derivada de esta presión híbrida, es ahora mantenida en contraste con lo verdoso que es parte de la mentalidad de esta ocasión. La comparación o contraste de los dos colores es otra parte más compleja de la experiencia, y la idea la *corbata* como café, que es llamada por Whitehead “sentir proposicional”, es todavía otra. Toda esta complejidad pertenece al polo mental de la experiencia. Pero todavía hay más que esto en aquella experiencia.

Cada aspecto de lo que acaba de ser descrito está acompañado de un tono emocional. El mero *esto* de la corbata conlleva su tono emocional, la mancha de verde otro, la memoria de lo café un tercero, la idea de la corbata como verde un cuarto, su idea como café un quinto. Todos estos tonos emocionales son llamados por Whitehead las “formas subjetivas” de las prensiones que son las experiencias de las entidades en cuestión. Algunas de estas prensiones tienen como sus objetos a otras ocasiones actuales, y a éstas, como hemos visto, las llama Whitehead prensiones físicas. Otras son prensiones de formas, relaciones o cualidades en abstracción de cualquier corporización particular. Whitehead “objetos eternos” a las entidades sentidas en estas prensiones. Los objetos eternos no son entidades actuales tal como lo son las ocasiones de experiencia. Ellos son posibilidades puras para realización en cualquier experiencia en absoluto, concebidas totalmente aparte de cualquier realización como tal. Cada ocasión actual es la realización de algún número limitado de tales posibilidades. Cuando consideramos una posibilidad tal sin referencia a si acaso ha sido encontrada en su forma corporizada, tenemos una instancia de lo que Whitehead llama “prensión conceptual”. Una prensión conceptual es una prensión de un objeto eterno como tal. Así como las prensiones físicas componen el polo físico de cada ocasión actual de experiencia, las prensiones conceptuales constituyen su polo mental.

Todavía estamos lejos de haber agotado la complejidad de la ocasión de experiencia. Por una cosa: la totalidad de la experiencia está gobernada por algún *propósito*. Probablemente yo no habría deseado que la corbata fuese café a menos que tuviese alguna utilización de ella en mente. Quizá pretendo vestirme para salir esta noche y deseo combinarla con un traje nuevo. Hay algún fin en vistas, y es parcialmente a la luz de él que las prensiones tienen la fuerza particular que presentan y las formas subjetivas asociadas a ellas. Whitehead afirma que este elemento propositivo, intencional o determinativo está presente en cada ocasión y es

lo que él llama su “aspiración subjetiva”.

En adición a ello, nos damos cuenta de cuánto hemos abstraído de la concreción de cualquier experiencia, cuando la describimos únicamente como “un deseo de que una corbata verde fuese café”. Ya he sugerido alguna idea de usarla con un traje en contraste con alguna otra posibilidad de no poder llevar ese traje preciso; quizá una referencia todavía más difusa a los planes para esa noche (lo que requeriría un análisis enormemente complejo en términos de recuerdos que se combinan para hacer posibles tales expectativas); otras numerosas experiencias sensorias presentes aparte de la de la corbata; sentires corporales (tal vez de hambre o vaga incomodidad); y una penumbra de recuerdos del pasado...cada uno de ellos juegan su papel en cada momento de la experiencia. Cada uno puede ser analizado en los datos físicos y conceptuales desde los que surgen y en los patrones complejos formados a partir de esos datos y sus respectivas formas subjetivas. Y quizá más importante que todos ellos sea la continuidad inmediata con el momento precedente de experiencia, lo cual es otra prensión física con su forma y aspiración subjetivas repetidas en gran parte en el presente. La ocasión de experiencia tomada como un todo es una síntesis de síntesis de síntesis de los elementos simples a partir de los cuales está compuesta. Whitehead llama “satisfacción” a esta síntesis final momentánea (“¡Ojalá que esta corbata fuese café!”). Y no obstante, si preguntamos cuánto le toma ocurrir a una experiencia semejante, veremos que todo lo que acabo de describir puede suceder en el primer instante en que mis ojos se posaron sobre la corbata. Basta una fracción de segundo.

Este es un análisis de una experiencia humana bastante común. Tal vez en detalle se diferenciará de cualquier otra experiencia, pero en sus estructuras más generales, sugiere Whitehead, podemos hallar allí una pista que nos lleve a la naturaleza de la experiencia en general. (a) Hay una recepción de influencia desde el pasado (o lo que Whitehead llama “prensión física”). Esto envuelve la eficacia

causal del pasado completo para la nueva ocasión, mediado largamente por las ocasiones adyacentes, pero reflejando finalmente el curso total de los eventos pasados. (b) Hay alguna forma subjetiva de estas prensiones que puede ser poco más que una repetición del modo en que sintieron las ocasiones pasadas. (c) Hay alguna reactualización, recreación o reconstrucción de los datos recibidos del pasado con la posibilidad de desviación o novedad en la prensión conceptual. (d) Y todo esto es gobernado por alguna aspiración subjetiva para lograr una satisfacción que tendrá valor para la propia ocasión y una influencia apropiada en el futuro. En estos términos de máxima generalidad, cree Whitehead, todas las ocasiones de experiencia son similares.

En la descripción de esta simple experiencia humana he usado el relativamente neutral término “evento” para caracterizar los otros acontecimientos de los cuales la ocasión de experiencia humana depende para la mayoría de su contenido. Ya hemos visto en nuestra discusión previa acerca del problema mente-materia que la única pista que poseemos para la noción de los eventos microscópicos parece ser la experiencia humana como tal. Ahora estamos listos para considerar si acaso este análisis de una ocasión humana de experiencia es capaz de iluminar la noción de los eventos microscópicos. Si es así, debemos considerar la hipótesis de que todos esos eventos naturales sean también ocasiones actuales de experiencia. Por supuesto, cuando la descripción de las estructuras generales de la ocasión humana de experiencia se aplica al reino de las entidades subatómicas, todos los términos empleados deben ser despojados de cualquier atisbo de consciencia ¡Pero esto ya es cierto en la propia ocasión humana! Nosotros no somos conscientes de las prensiones de los eventos que ocurren en nuestro cerebro. No somos conscientes de los tonos de sentir individuales que constituyen las formas subjetivas de aquellas prensiones o de los elementos individuales que entran en la composición de nuestra mentalidad. Somos únicamente conscientes de las síntesis de muy alto nivel de estos

datos simples y que son efectuadas en las fases avanzadas del devenir de la ocasión. En este punto, la vasta multitud de presiones individuales ha sido simplificada en unos pocos contrastes generales y sintetizada en una unidad. Una ocasión de experiencia que jamás fuese más allá de la recepción de datos, su reproducción y comunicación al futuro, permanecería sin duda totalmente inconsciente.

Whitehead muestra que la transmisión vectorial de energía a través acontecimientos discretos sucesivos puede ser explicada en términos de presiones físicas. Muestra que cuando comprendemos a las entidades como actualizaciones de experiencia, se puede dar cuenta de sus dos características opuestas de partícula y onda. Muestra cómo las ocasiones actuales pueden considerarse agrupadas en sociedades de diversos grados de organización y unidad y por qué las leyes físicas poseen un carácter estadístico como una función de tales sociedades. Sin embargo, no me considero competente para comentar en mayor profundidad acerca de la aplicación detallada de sus categorías para la interpretación de los fenómenos físicos. Esto debería bastar, empero, para sugerir la íntima relación que hay entre nuestras experiencias humanas y los acontecimientos microscópicos.

El único concepto que este análisis intenta iluminar es de la ocasión actual de experiencia, porque es clave para la propuesta cosmológica de Whitehead. Éste, referido indiscriminadamente como “ocasión actual” o “ocasión de experiencia”, es equivalente a “entidad actual”. La única distinción que Whitehead hace entre “ocasión actual” y “entidad actual” es que él usa únicamente este último término cuando se refiere a Dios. Las entidades actuales son las cosas finalmente reales, los individuos últimos. Aparte de ellos no hay nada en absoluto. La filosofía, como un todo, es un análisis de tales entidades y sus relaciones recíprocas.

Cada ocasión actual llega a ser contra el trasfondo del pasado entero del mundo. Este pasado está compuesto de innumerables ocasiones actuales que ya han tenido su momento de “inmediatez”

subjetiva y han “perecido”. Una vez perecidas, ellas no se han vuelto una simple nada. Ellas tienen más bien su propio modo de ser y que Whitehead llama “inmortalidad objetiva”. Esto quiere decir que ellas son ahora efectivas como objetos para ser prendidos por nuevas ocasiones. Ellas son las causas eficientes que explican por qué las nuevas ocasiones corporizan las características que, de hecho, poseen. Por ejemplo, alguien que quiera explicar mi experiencia tiene que apuntar hacia mis experiencias pasadas y a los eventos recién ocurridos que han estado aconteciendo en mi entorno y en mi cuerpo. La influencia de este pasado para determinar lo que he llegado a ser en el presente es tan vasta que muchos psicólogos se han inclinado a suponer que es total. Algunos creen que si pudiesen conocer cada detalle de mi experiencia pasada, la fuerza del pasado más amplio encarnado en mi herencia y todas las influencias que ahora me está afectando, ellos podrían predecir exactamente cómo tendría que ser mi experiencia. Contra esto, Whitehead mantiene el universal supuesto práctico de que somos libres. Puede ser que no seamos capaces de enfocar vívidamente en nuestra consciencia un acto particular de libertad, pero esto no es diferente de la situación respecto de las prensiones físicas. Nuestra vaga y persistente experiencia es que somos a la vez determinados por nuestro pasado y también libres. Esto es, la determinación por parte del pasado es real pero no absoluta. Lo que yo he sido en el pasado y lo que el mundo como un todo ha sido, pueden limitar estrechamente lo que puedo llegar a ser en el momento siguiente. Pero dentro de aquellos límites, es todavía *mi decisión*, en ese momento, la de cómo reaccionaré a todas esas fuerzas que están afectándome.

Una vez más, esta libertad no es un asunto de consciencia. La libertad o autodeterminación de la ocasión ocurre primero. En la ocasión humana puede o no haber alguna consciencia de ello. Una decisión claramente consciente podría ser un caso muy especial de la decisión considerada en general. Whitehead atribuye a todas las ocasiones, cualesquiera sean, algún elemento de

autodeterminación o decisión. En un vasto de número de ocasiones, esta libertad es utilizada únicamente para reactualizar el pasado. Y sin embargo, hay signos en física moderna a favor de una espontaneidad última en la base las cosas. No sólo es claro que en principio jamás podemos prever el comportamiento de los electrones considerados individualmente, sino que también lo es que la razón del éxito de nuestras predicciones, cuando tratamos con entidades de mayor tamaño, es que están implicadas allí muchísimas de esas entidades actuales últimas. Cuando la cantidad de individuos implicados es suficiente, incluso la pura casualidad o espontaneidad por parte de cada individuo puede permitir gran precisión para pronosticar el comportamiento del grupo. No hay base alguna para predicción exacta respecto de individuos. Y por esta razón, la atribución que hace Whitehead tanto de libertad como de la vasta influencia causal del pasado sobre entidades diminutas tales como el electrón, parece estar de acuerdo con el mundo revelado a nosotros por la ciencia.

### **3. Sociedades de ocasiones actuales: nexos, sociedades, objetos perdurables, sociedades corpusculares, “espacio vacío”, vida, personas**

Las entidades finales indivisibles con las cuales está hecho el mundo son las ocasiones actuales de experiencia. Pero estas ocasiones existen sólo momentáneamente gozando de un efímero instante de inmediatez subjetiva antes de transitar hacia el pasado. Estas ocasiones individuales son detectables sólo mediante una introspección intensa o por medio de instrumentos científicos. Ninguna de las entidades de las que somos conscientes en la experiencia diaria es una ocasión individual, e incluso en las ciencias sólo aparecen raramente. En su mayor parte, nuestra experiencia consciente tiene que ver con entidades que son agrupaciones de ocasiones en vez de ocasiones individuales.

Todo grupo de ocasiones caracterizado por una interconexión real cualquiera en absoluto es llamado un “nexo”, sin importar

lo floja que aquella interconexión pueda ser. Cuando un nexo está caracterizado por algún rasgo común ejemplificado por cada uno de sus miembros en dependencia de algunos de los otros, el nexo es llamado una “sociedad”. Puede haber sociedades de cualquier grado de organización o especificidad (Whitehead afirmará que nuestra “época cósmica” es una vasta sociedad electromagnética). Sin embargo, él no deduce la existencia de tipos más especiales de sociedades a partir de la idea general de ocasiones y sociedades. El universo podría estar compuesto de un nexo de ocasiones que incluso careciese de orden social, o podría haber apenas un matiz de orden social y nada más. La única razón para afirmar que hay tipos más especiales de orden social es que, de hecho, encontramos entidades que poseen un orden semejante.

Consideremos, por ejemplo, un electrón. Si lo único que existiese fueran ocasiones más o menos aleatorias, no podríamos de ninguna manera hablar de él; pero, de hecho, somos capaces de identificar un electrón singular a través de un largo período de tiempo como el mismo electrón. Por cierto, nos vemos tan impresionados por su propia identidad a través del tiempo que se requiere de considerable reflexión científica y filosófica para persuadirnos de que no se trata de una gota de materia inmutable que padece de relaciones cambiantes con el mundo externo. Whitehead nos ha enseñado que en verdad no se trata sino de una sucesión de acontecimientos electrónicos, aunque él todavía tiene que dar cuenta del hecho de que hay una conexión especial entre esos acontecimientos que nos permite identificar un electrón singular como perdurando a través del tiempo.

Un “objeto perdurable” es una sociedad de ocasiones actuales que son temporalmente contiguas y sucesivas. Whitehead describe a tales sociedades como poseyendo un orden serial o personal. En una sociedad tal no es posible la coexistencia de dos ocasiones al mismo tiempo; pero en cada momento acontece una ocasión que prende todas las ocasiones precedentes de la sociedad, que

reactualiza sus características definidas y que media este patrón a sus sucesores. El electrón, en la extrema similitud de las ocasiones sucesivas que lo constituyen, es un objeto perdurable típico. Whitehead muestra que esto es causado por la incontenible preponderancia del polo físico o los sentires físicos. Cada ocasión siente y reactualiza los sentires y reactualizaciones de la ocasión precedente, y así indefinidamente. Las ocasiones sucesivas son alteradas relativamente poco por las otras ocasiones pasadas y la novedad de la nueva ocasión es, a la vez, trivial en sí misma e inefectiva para el futuro. Los objetos perdurables proveen de estabilidad a las cosas del mundo.

Hemos notado ya que en la vida diaria apenas tratamos con ocasiones individuales (Whitehead dirá que en los raros momentos en que creemos ser conscientes de una mentalidad ajena es cuando siquiera nos aproximamos a una prensión consciente de una entidad actual singular). Ahora tenemos que reconocer que tampoco tenemos mucho que ver con objetos perdurables individuales. Nosotros tratamos con mesas y piedras. Estos objetos, lo sabemos, están hechos de numerosas moléculas que a su vez están íntimamente relacionadas. Un cuerpo de este tipo, analizable en objetos perdurables, es lo que Whitehead llama una “sociedad corpuscular”. No obstante todo lo anterior, tenemos que ser extremadamente cuidadosos y no tomar, de ningún modo, como rígidas a estas clasificaciones. Una sociedad puede estar compuesta de muchas ocasiones actuales de las cuales algunas están organizadas como objetos perdurables y otras no. De acuerdo a la predominancia de uno u otro tipo de ocasión, la sociedad será más o menos corpuscular. Por lo demás, los objetos perdurables varían en cuanto a la importancia de sus características definidas y al carácter decisivo de su herencia a partir de los miembros previos del objeto perdurable en cuestión. Hay una infinita variedad de grados de orden entre los cuales las dos instancias del objeto perdurable y la sociedad corpuscular sobresalen con una cierta claridad simple.

Quizá la sociedad más importante que no calza en ninguna de esas categorías sea la célula viviente. Dentro de ella hay objetos perdurables tales como moléculas. Pero hay también mucho espacio no ocupado por tales objetos. Normalmente se considera vacío este espacio, pero es en este “espacio vacío” donde ocurren aquellas ocasiones que constituyen la vida de la célula. A primera vista, esta asociación de “vida” con “espacio vacío” podría parecer extraña; de aquí que convenga alguna explicación.

Tal como hemos visto, para Whitehead cada ocasión posee un polo físico y uno mental. Esto quiere decir que cada ocasión prende a la vez ocasiones pasadas y objetos eternos o posibilidades. Esta prensión de objetos eternos introduce la posibilidad de novedad, esto es, la posibilidad de que la ocasión que está acaeciendo corporice alguna cualidad no recibida de su mundo pasado. Según el grado en que esta posibilidad es actualizada ya está presente el germen de la vida. Pero en las ocasiones moleculares, tal como generalmente ocurre con las ocasiones que componen objetos perdurables, la novedad es y tiene que ser trivial. *Para perdurar se requiere de repetición.* Son estos objetos perdurables y las sociedades corpusculares compuestas de ellos los que son objeto de investigación por partes de nuestros órganos sensorios e instrumentos. Donde tales sociedades no están presentes, nada podemos detectar. Y sin embargo sabemos que importantes eventos acaecen en ese “espacio vacío”; así pues, tenemos que dar la misma importancia a las ocasiones que haya allí.

Ahora, hay bastante más vida en la célula que en las moléculas que hallamos en ella. Por tanto, esta vida tiene que hallarse en el espacio no ocupado por esas moléculas y, específicamente, en las ocasiones localizadas allí. Éstas, deben tener como característica mucha más novedad y mucha menos continuidad con el pasado que las ocasiones que constituyen a la molécula. La célula entonces, considerada como un todo, combina la estabilidad de los objetos perdurables y la vida primariamente

mental —y por tanto no físicamente detectable— de las ocasiones que hay en ella.

Las células, a su vez, están organizadas en complejas sociedades de células tales como vegetales y cuerpos animales. Nuevamente, no hay una línea de división nítida entre estas grandes familias de cosas vivientes. Sin embargo, hay importantes diferencias entre los miembros más plenamente desarrollados de cada clase. Los vegetales, nos dice, son “democracias”; en tanto los animales poseen miembros “reinales” o “dirigentes”. En los primeros, ningún miembro singular de la sociedad es esencial para el bienestar de ella, mientras que en los animales existe un miembro con tales características. Whitehead lo llama la ocasión “dominante”, la que “preside” o el “perceptor final”. La ocasión dominante de nuestros cuerpos es la que conocemos de modo más inmediato en la introspección consciente.

#### **4. El esquema sujeto-objeto y el aporte genuinamente nuevo de Whitehead**

La distinción entre entidades actuales individuales y sus agrupaciones en tipos de sociedades diferentes nos ha preparado para comprender la contribución creativa de Whitehead a la cuestión del esquema sujeto-objeto, tan agudamente criticado en la filosofía reciente. Whitehead cree que el esquema sujeto-objeto es fundamental para la experiencia. Toda ocasión de experiencia es un sujeto en relación a otras entidades que son objetivas para ella. Sin embargo, varios rasgos de su análisis se ubican en oposición diametral a la interpretación tradicional de aquel esquema. Consideremos tres de ellos.

*Primero*, un análisis exhaustivo de las entidades actuales experimentadas como objetos revela que en su propia naturaleza ellas también son sujetos. La diferencia entre un sujeto y un objeto, en la medida en que nos enfocamos en individuos y no sociedades, consiste únicamente en que *el sujeto es presente y el objeto es pasado*. La ocasión actual de experiencia que ahora está

gozando de “inmediatez subjetiva” cesará en un momento de poseer tal subjetividad y se volverá un objeto para nuevas ocasiones de experiencia. Los objetos que está experimentando en este momento son, en sí mismos, nada más que sujetos pasados. Si mantenemos claramente en mente que la eficacia casual es siempre la eficacia del pasado, y que en tanto pasada una ocasión ya no es más sujeto, podemos ver que las causas son siempre objetos para efectos que son siempre sujetos. La cabalidad del análisis epistemológico de la experiencia de acuerdo al esquema sujeto-objeto no implica una autorización para tratar ontológicamente a los objetos como si fuesen de un tipo distinto al de los sujetos *salvo con la excepción de la diferencia entre pasado y presente*.

*Segundo*, el autor nos muestra que *los genuinos objetos de la experiencia no son las sensaciones presentes o las entidades contemporáneas en las regiones sobre las cuales proyectamos las sensaciones*. La mayoría del pensamiento tradicional acerca de objetos ha cometido el error de pensarlos como contemporáneos con los sujetos y como dados en la experiencia sensoria. Este error ha constituido la raíz de la casi toda la dificultad con el esquema sujeto-objeto. El correcto reconocimiento de que el mundo de las sensaciones pertenece a y corresponde con el mundo del sujeto ha conducido erróneamente a la conclusión de que la experiencia no tiene objeto en absoluto. Whitehead es capaz de hacer justicia a la vez a la objetividad del mundo real y a la totalidad de la experiencia de inmediatez presentacional de quien se halla en medio del mundo.

*Tercero*, expone que nuestra comprensión de los sujetos y objetos ha sido confusa debido a nuestra incapacidad para distinguir entre individuos actuales y sociedades formadas de tales individuos. Los filósofos han sido especialmente propensos a tratar las sociedades corpusculares como si fuesen individuos. Desde el momento en que correctamente nos resistimos a la idea de que los palos y las piedras como tales posean subjetividad, nos hemos visto conducidos o bien a negarles cualquier status

de independencia respecto de nuestra experiencia o bien a considerarlos como objetos en un sentido ontológico. Whitehead nos muestra que son *sociedades de sujetos*. La sociedad, como un todo, no tiene subjetividad; pero es así porque posee sólo la individualidad de una forma o patrón particular y no la de una genuina entidad individual. La inercia o pasividad del palo o la piedra en tanto sociedad corpuscular no nos otorga una base para postular una inercia y pasividad similares para ocasiones protónicas y electrónicas que la componen. Es a éstas, y no a los palos y piedras, a las que se refiere como sujetos en su momento de inmediatez y como objetos para nuevos sujetos cuando ese momento ha pasado. Nuestra experiencia de sociedades deriva, en último término, de esta experiencia primigenia de ocasiones individuales de experiencia ya pasadas.

Concluyo así esta breve introducción elemental a la filosofía de Whitehead. Mi principal preocupación ha sido tratar de comunicar alguna noción de lo que él entiende por “entidades actuales” o “ocasiones actuales de experiencia”, cómo se relacionan unas con otras y cómo se agrupan en sociedades. Obviamente, muchos aspectos importantes de su filosofía han sido completamente omitidos.